

## **“HISPANIDAD, EUROPEIDAD Y PLURICULTURALISMO”**

Juan J. Álvarez Álvarez.- Universidad Francisco de Vitoria

España y Europa se encuentran en una difícil encrucijada de su ya larga historia. Por una parte, España se halla sometida a distintas fuerzas centrífugas que amenazan con resquebrajarla o, cuanto menos, transformarla sustancialmente. Por otra, Europa busca consolidar una unidad que durante mucho tiempo se ha venido configurando casi exclusivamente con lazos mercantiles y que ahora quiere dotarse de una “conciencia” colectiva de mayor calado. La “conciencia europea” que los actuales adalides del europeísmo ansían debería ser capaz de integrar armónicamente una diversidad cultural que se ha visto incrementada por el fenómeno de la inmigración, al mismo tiempo que distintas zonas del continente se ven inmersas en conflictos de violencia y dispersión como los que asolan los Balcanes o el Cáucaso.

El panorama es ciertamente complejo. Desde hace tiempo se viene hablando de una crisis de la civilización occidental, que afecta especialmente a Europa y a los países que la conforman. Y sin embargo, Europa –e igualmente España- siguen activas y gozan, al menos en apariencia y en aspectos muy concretos, de una gran vitalidad. No es superfluo determinar si esa crisis es –como algunos afirman- una crisis de crecimiento o si, por el contrario, es una crisis degenerativa; si esa vitalidad es la de un ser saludable y vigoroso sometido a la necesidad de adaptarse a un entorno cambiante o si es producto de una asfixia que obliga a convulsiones constantes para buscar aire limpio con el que subsistir a duras penas. En definitiva, es de extrema importancia clarificar si España y Europa progresan y se desarrollan como un organismo vivo capaz de generar nuevos y mejores estados de nuestra civilización occidental o si están dando sus últimos estertores dentro de ese marco.

La posición que voy a defender en este trabajo deja la respuesta a estas cuestiones abierta, pero, a cambio, pretende fijar las condiciones que, creo, van a determinar nuestro futuro. Si no me equivoco, aunque los problemas de España y Europa a los que me he referido no son los mismos, y si lo son no se presentan en idénticas circunstancias, en ambos casos se puede hallar una raíz común: la ausencia de reconocimiento en una identidad propia a la que sus ciudadanos se adhieran y alrededor de la cual se sientan seguros, ilusionados y unidos.

De forma un tanto extraña, diría incluso que “quijotesca”, España lleva cuestionándose a sí misma en su identidad especialmente desde el siglo XIX<sup>1</sup>. Y si Europa anda en nuestros días buscando una “conciencia” es, en el fondo, porque tiene el mismo problema<sup>2</sup>. ¿Cómo responder al desafío? Difícilmente se podrá recuperar esa “conciencia perdida” o construir una nueva que no sea rechazada por nuestro “organismo” si no se atienden determinadas condiciones.

---

<sup>1</sup> “Hoy presenciamos, dijo Menéndez Pelayo en ese tiempo, el lento suicidio de un pueblo que, engañado mil veces por gárrulos sofistas, empobrecido, mermado y desolado, emplea en destrozarse las pocas fuerzas que le restan” (*Ensayos de crítica filosófica*, pág. 364. Cit. en *Historia de España*, recopilación de Jorge Vigón, Ed. Cultural española, Madrid, 1958, pág. 343).

Ganivet dirá también: “Las sociedades tienen personalidad, ideas, energías. Aunque la conciencia colectiva no se muestre tan clara y determinada como la de un individuo, existe y puede obrar mediante actos colectivos que obedecen a ideas colectivas en el fondo, no obstante aparecer concentradas en un reducido número de inteligencias... En tanto que el pensamiento de una nación no está claramente definido, la acción tiene que ser débil, indecisa y transitoria... Hay naciones en las que se observa por encima de las divergencias secundarias una rara y constante unanimidad para comprender sus intereses.. En otras sociedades, por el contrario, predomina el desacuerdo; los intereses parciales, que son como las representaciones aisladas en los individuos, no sintetizan en un interés común, porque falta el entendimiento agente, la energía interior que ha de fundirlos; las apreciaciones individuales son irreductibles y la actividad derivada de ella tiene que ser pobre y desigual” (*Idearium español*, pág. 151. Cit. en *Antología*, recopilación de Luis Rosales, Breviarios del Pensamiento español, Ed. Fe, Madrid, 1963, pág. 56. Y añadirá: “Nuestra fuerza está en nuestro ideal con nuestra pobreza, no en la riqueza sin ideales. Hoy que los ideales andan dando tumbos, nos agarramos al negocio, para agarrarnos a alguna parte; pero nuestro instinto nos tira de los pies, y así vamos naufragando. Curiosa manera de ir” (*Granada la Bella*, pág. 59. Cit. en *Antología*, ibidem., pág. 23).

Incluso el mismo Azorín, desde una posición ciertamente muy distinta, afirmará no obstante: “Lo que el pueblo español necesita es cobrar confianza en sí, aprender a pensar y sentir por sí mismo y no por delegación, y sobre todo tener un sentimiento y un ideal propios acerca de la vida y de su valor” (“Madrid”, cit. en ABELLÁN, J. L.- *Visión de España en la Generación del 98*. Ed. Magisterio español, Madrid, 1977, pág. 466).

<sup>2</sup> En 1943, decía María Zambrano a este respecto: “Europa ha dejado de tener rostro; sin duda se ha falseado, y su anterior firmeza ha cedido el paso a un reblandecimiento. Sin duda gérmenes ocultos en la raíz misma de los principios que le daban vida han ido lentamente corroyéndolos” (*La agonía de Europa*, Ed. Trotta, Madrid, 2004, pág. 25).

Esas condiciones son de carácter espiritual pues de este tipo son los factores que influyen de manera más decisiva en la conformación y el reconocimiento de la identidad de una civilización, de nuestra civilización occidental, de Europa como seno en el que, fundamentalmente, aquella se engendró y fue madurando, y de España como marco particular en el que se desarrolló una forma particular de aquella que fecundó la mitad del orbe.

Hoy que asistimos al crecimiento en extensión de los límites geográficos, socio-políticos y económicos de la Unión Europea, hoy que intentamos elaborar un marco constitucional común para una obra común con la que España, los españoles y todos los europeos nos podamos identificar a fin de superar la crisis actual, es esencial clarificar cuáles son esos factores y en qué medida han contribuido y están llamados a seguir contribuyendo a nuestro crecimiento, no sólo en extensión sino también en riqueza interior, a partir de la filosofía del hombre y de la vida que amén de formar parte de nuestro acervo moral ha animado y esperamos que siga animando nuestro quehacer multisecular.

En este trabajo, en particular, quiero analizar a este respecto la contribución que lo que tradicionalmente se ha denominado “hispanidad”, junto con los valores propios de la “europeidad”, puede hacer en la labor constructora de una Europa plural que sirva de seno acogedor en el que puedan convivir armónicamente hombres y culturas varios y diversos.

Para llevar a cabo esta labor, no obstante, me veré obligado a recorrer un camino previo. Desde una perspectiva personalista y humanista, trataré de establecer una justa idea de nación. A partir de ahí, analizaremos los conceptos de hispanidad y de europeidad, haciendo hincapié en los valores que los han conformado y que han sido elaborados a lo largo de un prolongado camino histórico en el que el papel animador e

integrador del cristianismo ha resultado, se quiera o no, esencial. Por último, examinaremos la relación que entre ambos puede darse, en el sentido antes apuntado: ¿en qué modo y medida pueden servir el humanismo español que está en la base de la “hispanidad” y, en general, el humanismo cristiano que es un pilar fundamental de la “europeidad”, como aportación al tejido de nuestra urdimbre europea, para que sin menoscabo de nuestra riqueza espiritual puedan incorporarse a ella, sin estridencias y sin necesidad de una unidad homogénea de credo que la dignidad humana impide imponer, hombres de otros credos y culturas?

1. Desde el punto de vista que aquí voy a defender<sup>3</sup>, acorde por lo demás con la concepción cristiana, la persona humana se podría caracterizar como un sujeto subsistente portador de valores eternos que toma conciencia de sí y desarrolla todas sus potencialidades en clave relacional (en relación con los demás hombres y también en relación con Dios).

Esta simple descripción muestra ya qué alejada se encuentra la filosofía cristiana de un puro naturalismo o del historicismo, del individualismo o del colectivismo, pero también sienta las bases de solución al conflicto moderno entre individuo y sociedad. *“Una sociedad –dice el Catecismo de la Iglesia Católica- es un conjunto de personas ligadas de manera orgánica por un principio de unidad que supera a cada una de ellas. Asamblea a la vez visible y espiritual, una sociedad perdura en el tiempo: recoge el pasado y prepara el porvenir. Mediante ella, cada hombre es constituido <heredero>, recibe <talentos> que enriquecen su identidad y a los que debe hacer fructificar”*<sup>4</sup>.

---

<sup>3</sup> He tratado sobre esta cuestión, más ampliamente, en “Nacionalismos y hecho religioso”, en *Actas del I Congreso “Católicos y vida pública”*, BAC, Madrid, 2000, pp. 355-368.

<sup>4</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, núm. 1880. Asociación de Editores del Catecismo, Madrid, 1992, pág. 422.

Pues bien, cuando una sociedad comparte un mismo territorio, un ámbito histórico y cultural común, un estilo de vida o un modo de ser y obrar que se manifiesta en los individuos que la componen; cuando voluntariamente estos se relacionan, directa o indirectamente, en términos de comunión y pertenencia recíproca, reconocimiento mutuo y colaboración, nos encontramos con una nación. También la nación es una realidad visible, espiritual y viva, también ella tiene un fundamento personal constitutivo del tejido social, político e histórico, y en el que la misma persona se desarrolla en cuerpo y alma.

Como afirma Luis Suárez, *“nación y patria tienen la misión de proporcionar al hombre un ámbito desde el que actúa sobre el mundo; son, por consiguiente, las plataformas sobre las que se apoya para trascenderse. Le proporcionan aquellos sentimientos, creencias, valores morales y pensamientos acerca del hombre y del mundo sin los que le sería prácticamente imposible desenvolverse. Pero todo esto, aunque le vincula a una determinada forma de comunidad, no le maniat; entra en las competencias de su libertad actuar sobre todo ello”*<sup>5</sup>. Y lo puede hacer aceptando la influencia que le impide realizar ciertos actos, estimula otros e imprime, en cualquier caso, un determinado carácter; o rechazándola para buscar otros cauces y un “útero espiritual” distinto del que lo vio nacer.

Se ha discutido mucho qué conforma una nación y las respuestas giran casi siempre (sobre todo entre los pensadores del s. XIX) alrededor de tres factores fundamentales: la etnia –como base de la comunidad-, el pasado histórico –constructor de una tradición de usos y costumbres propios- y la lengua –como elemento de identidad y comunicación-. El problema es que, por este camino, se corre serio peligro de confundir lo espontáneo, lo nativo, con lo nacional: fácilmente se rinde uno con un

---

<sup>5</sup> SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis.- *Nación, Patria, Estado. En una perspectiva cristiana*. Unión Editorial, Madrid, 1999, pp. 156-157.

sentimiento de raíces casi biológicas al atractivo de la tierra, de la sangre, de la cultura y de la lengua madres. Y entonces, ¡qué difícil resulta escapar a un nacionalismo exacerbado, estéril y estrecho, movido por un amor de concupiscencia e incapaz de abrirse a lo “otro”, en el espacio y en el tiempo! Una recta idea de nación, una idea que podemos llamar personalista, sin duda deberá ir asociada, como hacen todos los nacionalismos, a la de patria (en el sentido de paternidad y patrimonio común), pero habrá de poner, en mi opinión, mucho más énfasis en lazos de carácter espiritual, en una jerarquía de valores ideales a la que un pueblo se adhiere y hace suya modelando un estilo de vida y un modelo de hombre propios, que en vínculos de rango biológico o físico, jurídico o incluso histórico; si esa idea es respetuosa de la integridad de la persona deberá orientarse, además, en un sentido trascendente acorde con la vocación última del hombre; y, por último, deberá ir acompañada de una apertura a las demás naciones, de un carácter universalista que tiene como base la unidad de la especie humana. Los lazos espirituales capaces de dar unidad a la nación son también, en efecto, los únicos capaces de superar todas las barreras objetivas que se interponen entre unas naciones y otras para edificar una comunidad internacional basada en la fraternidad y el amor al prójimo, pues, como ha precisado el Concilio Vaticano II, “*la genuina unión social exterior procede de la unión de los espíritus y de los corazones*”<sup>6</sup>.

Desde esta perspectiva, los factores antes referidos y que podían resultar problemáticos, pueden ser asumidos sin problemas en una superación sustentada, eso sí, no sólo en lo afectivo sino, sobre todo, en lo intelectual. Al mismo tiempo, esos factores adquirirán ahora todo su vigor y pureza: la etnia podrá abrirse en solidaridad y amor dilectivos a toda la familia humana; la historia, cuya importancia es evidente, pasará a ser considerada como una historia de las ideas y no como una simple narración de

---

<sup>6</sup> *Gaudium et spes*, núm. 75, en *Vaticano II. Documentos*, BAC, Madrid, 1986, pág. 277.

acontecimientos más o menos relevantes y enorgullecidos para la identidad nacional; la tradición propia –rica y aún diversa, quizás- se enfocará como referencia patrimonial que puede servir como punto de partida de un camino común orientado al progreso, como capital que hay que fructificar en beneficio no sólo de los que de ella participan sino de toda la humanidad, y no como un mero recuerdo de usos distintivos; y la lengua será concebida como instrumento de verdadera y sincera comunicación con el otro, y no como elemento de división y segregación.

Extraigamos las primeras conclusiones. Por nación entendemos, pues, una realidad identificable en un modo de ser propio en el que sus miembros crecen espiritualmente, se reconocen y al que contribuyen a enriquecer. A imagen y semejanza de los hombres que las han conformado y las componen, las naciones tienen un estilo de vida propio, un estilo colectivo, una modalidad de ser en lo espiritual que se expresa en su historia y su cultura, a la vez que se ve modelada y perfilada por estas en causalidad recíproca, y que tiene como ingrediente fundamental una determinada forma de concebir al hombre, de ser hombre y de obrar como hombre; en definitiva, un “ideal de hombre o de vida humana”, vertebrador de pensamientos y voluntades. Si la nación es madura y tiene vitalidad, por último, será capaz de vivir su presente como vector entre un pasado considerado como patrimonio común del que puede aprender (tanto en sus aciertos como en sus errores) y un futuro solidario y abierto al exterior que entre todos hay que construir y que quizás no esté exento de sacrificio.

## 2. Desde este esquema, analicemos ahora los casos de España y de Europa.

A. El cristianismo, íntimamente ligado a la conciencia de la Patria española, fue el creador de un determinado orden de valores y de un estilo de vida colectivo, de un humanismo ético-jurídico de origen religioso y de proyección católica (universal) que

constituye, a mi entender, lo mejor y más genuino de la “hispanidad”, como luz para la inteligencia y como fuerza que lanza a la acción y la guía<sup>7</sup>.

Para designar ese modo de ser de España que la ha constituido y la constituye esencialmente como nación, le da unidad (en la diversidad de sus modalidades particulares) y la distingue de otras naciones, acabo de emplear un término ya de larga tradición: “Hispanidad”. Con dicho término podemos referirnos al conjunto de naciones en las que la raíz española ha servido de vínculo y fermento, pero también –y aquí de un modo prioritario- a ese mismo vínculo, “ *expresión totalista de los modos de pensar y de vivir*”<sup>8</sup> que constituyen la esencia de lo “hispanico” y que, forjado en el crisol de la historia colectiva del pueblo español y descubierto a través del análisis de esa misma historia y de su cultura, se ha proyectado externamente en otros múltiples lugares y pueblos, a la vez que se enriquecía con la influencia de estos.

Esa filosofía del hombre y de la vida, ese ideal conformador de la unidad y animador del obrar de España, ya lo hemos dicho, es un humanismo ético-jurídico de origen religioso y de proyección católica (universal). Podemos aceptar sin miedo la denominación que Maeztu le da, “humanismo español”, siempre que advirtamos que no se trata de un humanismo sustancialmente distinto del cristiano o, para ser algo más preciso, del católico. Es, sucintamente, el fruto que resulta de conjugar la concepción cristiano-católica del hombre, insertada como nervio vital, con la materia propia y peculiar, una incluso en la diversidad de sus modalidades, del temperamento español; un fruto que ha madurado al compás del devenir histórico y que, aunque hoy quizás no se muestre en todo su esplendor y vigor, sigue siendo apto para germinar y dar nuevos y

---

<sup>7</sup> Sobre este punto, puede consultarse mi trabajo “El humanismo cristiano y la hispanidad”, en Instituto Universitario virtual Santo Tomás, Fundación Balmesiana – Universitat Abat Oliva CEU, 15 p. (<http://www.e-aquinas.net>).

<sup>8</sup> GÓMEZ-CARRASCO, Rafael Luis.- *Vázquez de Mella y la hispanidad*. Madrid, 1961, pág. 7 (Publicado en la Revista *Estudios*, núm. 53, Abril-Junio, 1961).



aún más hermosos frutos. Es el humanismo que García Morente vio representado en la figura ideal del “caballero cristiano”, y el que tantas veces se ha mostrado encarnado en las personas de los misioneros españoles que llevaron a cabo la evangelización de América.

Este humanismo español, surgido como de un injerto, fue concebido y se ha ido desarrollando a lo largo de varios siglos y multitud de hitos y vicisitudes, pero tiene –no cabe duda– una raíz teológica cristiana. A partir de la inspiración de esta, España fue la primera entre las naciones de Europa que afirmó la condición libre de todos los que la componían; teólogos españoles fueron (particularmente Francisco de Vitoria, con su doctrina de la gracia) los que, apoyados mayoritariamente en la síntesis tomista, salvaron la razón y la libertad humana en una concepción equilibrada e integral de la persona frente al fideísmo y al voluntarismo ciegos que se abrían paso en el resto de Europa; en la naturaleza humana y en su inteligibilidad racional sustentaron los maestros de Salamanca unos deberes y derechos naturales que, amén de guiar al hombre hacia su plenitud, sirvieron en buena medida de coto a los posibles excesos del poder político (en España nunca acabó de cuajar el absolutismo monárquico que se dio en otras naciones); en la unidad moral de la humanidad y en la interpretación universalista del bien común basaron Vitoria y Suárez la doctrina internacionalista que tanta influencia ha tenido en la historia posterior; una fe profunda en la igualdad esencial de los hombres (todos somos hijos del mismo Padre y todos podemos ser salvos) inspiró la admirable legislación de las tierras de América; en definitiva, un enfoque de la persona, de la sociedad y de las relaciones humanas (intranacionales e internacionales), de la libertad y de la autoridad, del progreso y de la historia, “sub specie aeternitatis”, animó el estilo de vida profundamente personalista (en el sentido cristiano de la palabra) que hemos llamado “hispanidad”.

B. Salvando las distancias, que las hay, podemos decir algo similar respecto de Europa en su conjunto y respecto de los valores de lo que suele llamarse “europeidad”.

El nacimiento de Europa fue resultado de una gran síntesis de culturas que tuvo como elemento informador al cristianismo. Por eso, sin desdeñar las aportaciones que sin duda ha hecho la filosofía y la cultura moderna, sin rechazar las que puedan seguir haciendo otros ideales de vida y pensamiento, me parece esencial, con vistas a la Europa que queremos construir, reconocer la decisiva influencia que la fe cristiana, refractada sobre el orden temporal, ha tenido en la generación de esa filosofía humanista y democrática que rige la vida social y política de nuestra vieja Europa y que constituye el acervo más propio de esa “europeidad” que es su patrimonio común. Sólo así podremos tomar conciencia de la contribución que puede seguir haciendo a una unidad entre los europeos, de cualquier cultura y condición, que no será, muy probablemente, una unidad homogénea de credo pero sí una unidad moral o espiritual, y sin la que ni España, ni la Unión Europea, ni –me atrevería a decir-, un mundo cada vez más globalizado pueden pervivir establemente y en paz.

Pero, ¿cuáles son esos valores que han regido y aún rigen habitualmente nuestro quehacer común, pilares ideales de la “europeidad” futura, que decimos tienen como raíz originaria fundamental al cristianismo? Básicamente, los que ya hemos visto reflejados en la hispanidad: el reconocimiento de la dignidad de la persona humana y su trascendencia sobre el Estado, la idea de que todos los hombres somos iguales en naturaleza, la fe en los derechos humanos, y en la justicia como fundamento necesario de la vida en común y como propiedad esencial de la ley, el sentido de la libertad y la creencia de que su conquista es conforme a la vocación de nuestro ser, la fe en el progreso humano (un progreso que no debe atender sólo a los aspectos materiales sino también, y sobre todo, a los morales), la dignidad del pueblo como comunidad de

hombres libres, iguales en derechos (pueblo del que surgen las formas concretas de autoridad y a las que debe obediencia siempre que sus dictámenes sean justos y se orienten al bien común), la concepción de que la política tiene una ineludible dimensión moral y, en fin, la convicción profunda de que el único principio de liberación, de esperanza y de paz es el amor solidario y fraternal.

Sólo ese amor puede resolver el conflicto entre la ley y la libertad; es el alma de la justicia, el único impulso capaz de conducir a todos los hombres en busca del bien común y finalizar la obra común en que consiste la vida social y política, en definitiva, la savia de la filosofía democrática que pasa hoy por ser la gran aportación de Europa al mundo. Pero aunque este amor sea el hilo más fuerte de solidaridad que se puede establecer entre los hombres, ¿cómo podríamos participar todos en una tarea común –se dirá– sin una cierta comunión de doctrina que nos sirva de guía y ordene nuestra convivencia? La respuesta consiste en afirmar que la ley de la amistad fraterna es el compendio de toda ley. Ello no quiere decir, obviamente, que ese amor se pueda reducir a un sentimentalismo fatuo. Es y debe ser un amor que, al estimular en nosotros la pregunta: ¿quién es el prójimo?, nos muestre, paradójicamente, la verdadera dignidad de cada hombre y de todos los hombres, es –en definitiva, se sea o no consciente de ello– el amor que Cristo expresó como mandato de caridad y es piedra angular de un humanismo que, a la vez, es heroico en lo humano y don sobrenatural; sólo así, puede ser considerado el amor como la primera de las leyes humanas y la que las resume a todas.

Además, ciertamente, este amor dilectivo no me parece posible sin profundas raíces de orden intelectual que le sirvan de sustento e inspiración. ¿Cómo cimentar, por ejemplo, la idea de una fraternidad humana sin un Padre de todos? Lo que ocurre es que esos principios y axiomas fundamentales no son tan numerosos y pueden ser accesibles

de un modo natural a la razón humana. Como ha dicho Jacques Maritain, “*la existencia de Dios, la santidad de la verdad, el valor y la necesidad de la buena voluntad, la dignidad de la persona, la espiritualidad e inmortalidad del alma*”, son implicaciones de esta ley de caridad fraterna y están ligadas a ella pues vienen a ser su alimento. Pero –añadirá- “*son estas nociones que responden a vistas espontáneas de nuestra razón, y a inclinaciones primeras de nuestra naturaleza, que aunque no sean entendidas de una manera idéntica y unívoca*”<sup>9</sup>, pueden servir para que personas de muy diferentes familias espirituales y credos cooperen en la práctica en pos de un verdadero progreso humano en el orden temporal.

3. Vayamos ya con nuestro último punto. ¿Qué pueden aportar la hispanidad y la europeidad, tal como las hemos descrito, a la tarea constructora de una Europa unida en su pluriculturalidad? Estoy convencido de que mucho, precisamente por la inspiración cristiana del ideal de vida que constituye, en ambos casos, su más rica tradición: del cristianismo proceden los valores de los que los europeos se sienten más orgullosos, y en su modelación ha participado de manera muy importante España –con los matices propios del catolicismo y encarnados en un tipo humano peculiar-.

Esos valores, que ya hemos citado, tienen la suficiente riqueza como para aspirar a convertirse en elementos de integración de lo diverso. Ello no implica, obviamente, aceptar todas las ideas afirmadas por el cristianismo: como ya apuntamos, no es una unidad homogénea de doctrina lo que se exige, es una unidad moral que, además, no puede ser obtenida a cualquier precio sino reconocida por la virtud de la inteligencia<sup>10</sup>.

---

<sup>9</sup> *Principes d'une politique humaniste*, en *Oeuvres Complètes de Jacques et Raïssa Maritain*, Éditions Universitaires, Fribourg, Suisse, 1982-1999, Vol. VIII, pág. 302.

<sup>10</sup> Como dijo también Maritain: “*No se trata de ir a la guerra contra los pueblos que no tienen nuestra filosofía del hombre y de la sociedad. ¡No! Se trata de tener, -y no en virtud de una obligación sino de la inteligencia- nuestra filosofía del hombre y de la sociedad, nuestro principio de vitalidad*”.

En una sociedad pluralista en lo jurídico, en lo administrativo y lo institucional, en lo económico y hasta en lo religioso, en una Europa pluricultural, bastaría esa “fe” o convicción común, de carácter secular y de orden práctico, estructurada alrededor de dichos principios fundamentales que *“dependen básicamente de apercepciones simples y <naturales> que el corazón humano es capaz de alcanzar con el progreso de la conciencia moral, y que, de hecho, han sido despertados por la acción fermentadora de la levadura evangélica en las oscuras profundidades de la historia”*<sup>11</sup> y se mantendrán más firmes cuanto más y mejor se vieran animados por esa fe, para que individuos y grupos pertenecientes a “familias” espirituales diferentes pero que buscan honestamente la verdad y trabajan por la justicia, -incluso entrando en libre y pacífica competencia desde el punto de vista teórico-, pudieran cooperar en una tarea terrestre común que redunde en bien de toda la familia humana<sup>12</sup>.

La unidad a la que hemos de aspirar, por tanto, no es la unidad homogénea de una globalización materialista y escéptica, tampoco la unidad informe de un multiculturalismo suicida. Es una unidad en la pluralidad, no una unidad por vía de univocidad sino de analogía, no es una unidad dogmática, sin duda, pero estando asentada sobre principios sólidos, tampoco es la unidad del pensamiento débil, una

---

*histórica, nuestra idea de los valores supremos de los que sabemos que la existencia del hombre y de la civilización está suspendida ...*

*Los estados totalitarios no ignoran la importancia de la unidad moral; se esfuerzan por alcanzarla, pero no pueden hacerlo más que por la intimidación y la coacción...*

*La cuestión es saber si los pueblos de los países aún libres son capaces de alcanzar, por las vías de la libertad y del espíritu, una unidad moral suficiente, y resistir a las alteraciones que amenazan desde dentro su conciencia” (Le crépuscule de la civilisation, ibid., Vol. VII, pp. 47-48).*

<sup>11</sup> *L’homme et l’État*, ibid., Vol. IX, pág. 611.

<sup>12</sup> *“La estructura pluralista de la civilización –precisará también Maritain- relaja y distiende, sin duda, la unidad, pero no la destruye... La unidad de tal civilización no es una unidad de esencia o de constitución, asegurada desde lo alto por la profesión de la misma fe y los mismos dogmas. Menos perfecta y más material que formal, aunque sin embargo real, es una unidad en devenir o una unidad de orientación, que procede de una aspiración común que atraviesa desde formas de cultura heterogéneas, algunas de las cuales pueden ser incluso muy deficientes, hasta una forma de civilización perfectamente consonante con los bienes intemporales de la persona y su libertad de autonomía” (Du régime temporel et de la liberté, ibid., Vol. V, pág. 385).*

unidad de lo heterogéneo que no puede conducir a otra cosa más que a la más radical dispersión espiritual, y toda dispersión acaba siempre siendo fuente de conflictos y rupturas.

En esta tarea, ha dicho el Concilio Vaticano II, a los cristianos corresponderá estar presentes en todos los ámbitos “*con la palabra y con las obras*”. Y quizás “*por esta vía, en todo el mundo los hombres se sentirán despertados a una viva esperanza, que es don del Espíritu Santo, para que, por fin, llegada la hora, sean recibidos en la paz y en la suma bienaventuranza en la patria que brillará con la gloria del Señor*”<sup>13</sup>.

---

<sup>13</sup> *Gaudium et spes*, núm. 75, en *Vaticano II. Documentos*, BAC, Madrid, 1986, pág. 277.